

REVISTA CASTELLANA

LITERATURA • HISTORIA • CIENCIAS • ARTES

DIRECTOR: NARCISO ALONSO CORTÉS

ADMINISTRACIÓN: FERRARI, 4 & 6.—VALLADOLID

CUENTOS LEONESES

El novio

Cuando me retiré a mi casa, después de media noche, hora en que solía disolverse nuestra habitual tertulia, formada casi exclusivamente de periodistas jóvenes, en un rincón del Café Iris, nada sospeché, ni pude advertir la menor anomalía en el exterior de la casa frontera de la mía que pudiese revelarme la muerte, ocurrida momentos antes, de la linda vecinita del principal.

Los arcaicos signos funerarios con que se llamaba la atención de los transeuntes sobre la existencia de un cuerpo insepulto, fueron los que al día siguiente, cuando me levanté y dirigí mi primera mirada a la calle tras las vidrieras del balcón, me trajeron, con la primera noticia, la impresión dolorosa del infortunio de aquella pobre niña, cuya salud tanto nos había preocupado a todos cuantos hubimos de conocerla.

¡Pobre Pilarito! Así se la llamaba familiarmente, asociando, por contraste quizá, el extraño diminutivo a aquella muñeca tierna y delicada, víctima de una enfermedad incurable en ella, mártir de su enamorada juventud. Aún recordaba yo la última noche que la ví antes de caer enferma por primera vez, despidiéndose de su novio, un poco apartados ambos de las amigas, que venían a aquella hora del tenis, previa una vuelta por el paseo al retirarse a sus casas. Con su vestido blanco, jugando indolentemente sus manos con la raqueta, mientras hablaba y reía al escuchar tiernos arrullos y rendidas frases, parecía envolver entre las sombras de la noche toda su figura de virgencita enamorada en el casto fulgor de aquellos ojos grandes y oscuros, ojos leoneses, no muy rasgados, de luz mate, de profundo mirar, en que resplandecía, bajo la serenidad de su frente de raso, una voluptuosidad armoniosa y dulce, de gentil y confiado abandono.

¿Por qué la pasión prendió en su sentir de amorosa niña sólo para turbar una risa franca y serena, que mostraba siempre nítido blancor entre los labios rojos, como si a ellos asomara el alma su inocente

alegría? Aquel humilde drama del corazón, desarrollado en el pecho de una niña enferma, no pudo tener mejores auspicios. Respondiendo a ellos, brotaba eternamente la sonrisa de felicidad que acogía las miradas de adoración muda dirigidas a aquel ángel, el cual instalábase en su balcón como en un altar venerado, para devolver desde allí todo el amor que inspiraba su belleza.

Por las noches, sobre todo, entregábase aquel amor a sus más dulces expansiones, a que difícilmente ponían fin las despedidas interminables, seguidas de nuevas frases de cariño nunca lo bastante reiteradas para la confianza amorosa de ambos corazones, que sólo por algunas horas se habían de separar.

La voz del novio, frívola y opaca, de inflexiones tiernas, algo enronquecida por el vicio, llegaba desde abajo, desconsoladora para la pobre niña:

—Adiós, vidita, hasta mañana... Ya sabes que vendré. Adiós... es muy tarde.

Sutil como un suspiro sonaba la voz de Pilarito, siempre temblorosa de emoción al responder al último adiós de aquel buen mozo, en cuya figura apuesta de señorito rico y elegante parecían estar prendidas todas las bellas cualidades físicas a propósito para la seducción de la mujer. Decíase de su condición egoísta, grosera e incapaz de alteza moral ni de generosidad alguna. Pero no; así eran los que tenían que ser así desde el momento en que sabían que ni siquiera su figura atractiva y elegante había de ser tomada en cuenta para una boda ventajosa, y que con menos razón podría surgir el trance de avalorar cualidades morales sometidas a estrictas exigencias, destinados como sabían que estaban aquellos hombres a ser tomados tal cual eran, atendiéndose únicamente a su patrimonio.

Como hija del padre que la había deparado la suerte, no tuvo Pilarito por qué hacer alto en lo que ni su inexperiencia alcanzaba, ni fué razón en los demás para atajar el curso de sus sentimientos. Parecía mentira que tan buen señor, un capitalista con alma de casero, que ambicionaba serlo de todo un barrio, según como ahorra de sus rentas para comprar cuantas fincas podía, fuese padre de aquella criatura dulce y sensible, con su geniecito, pero tan propensa a cualquier emoción por temperamento como sencilla en los rasgos de su apasionado sentir.

No se pudo saber cómo contrajo Pilarito la enfermedad. Nadie sospechó que tras la dificultad sería de hacer diagnóstico alguno sobre la aparición de un sufrimiento intensísimo, pero intermitente, que indicó la invasión de una fiebre implacable, con exacerbaciones nocturnas, ante las que huyó el sueño, como velo desgarrado por los agudos puñales de aquel martirio, se ocultaran, a pesar de tan extraña incertidumbre, causas de profundo origen que pudiesen ir más allá de lo que suponía la indicación de una dolencia pasajera.

Ya no eran los recuerdos felices del día lo que llenaba aquella

imaginación en las noches interminables, de un insomnio cruel, que durante las leves intermitencias del dolor se ensañaba igualmente en la pobre Pilarito. ¿Qué había hecho ella para merecer, con el olvido del hombre, la decepción inevitable, que hizo al alma sentirse casi desgarrada por la compasión de sí misma?

Ni paseos por la calle, ni acto de presencia alguno, ni cartas, ni razones, nada. El novio no volvía. Su Julio la había olvidado para siempre. Cuando se acentuaron las remisiones del mal que afligía a la pobre enamorada, le pareció a Pilarito que aquella opresión dolorosa, aquella angustia de su corazón, interesaba también su voluntad, despertando en ella sensaciones penosísimas cada vez que pensaba en lo necesaria que era una resolución de su cariño. Desfallecía el ánimo ante el obstáculo insuperable de una pasión que no había muerto en ella; y otra vez se vió amenazada su salud con la vuelta a los sufrimientos, cuya sola memoria la estremecía. Triunfó quizás la esperanza, quizás el miedo a los días pasados sin amor, a las noches de espantosa tortura, mientras la familia, asustada, febril como la enferma, no sabía qué hacer, ni se podía explicar el horror de aquellos sufrimientos en que parecía abrasarse el cuerpo gentil de Pilarito.

Triunfó su juventud, pero la convalecencia fué penosa. Se habían terminado los paseos del otoño, mediado ya noviembre, y todo era tristeza en el ambiente húmedo. Los balcones de Pilarito, en la calle estrecha y sombría, en uno de los modernos edificios empotrados aún en el corazón de la muralla que rodeó a la antigua ciudadela, no ofrecían ninguna atracción a la vista que compensara la sordidez de aquella calle, paso obligado para los Cuarteles y por donde los oficiales de Infantería recreaban su marcialidad, afanosa de conquistas halagüeñas, escudriñando valerosamente con sus ojos el interior de la casa, en que como flor de estufa abría sus hojas aquel tierno capullo, acaso sin que pudieran pensar sus rendidos adoradores que, detrás de los cristales, aquella flor esperaba en vano también, y esperaba siempre hasta que sentía brotarle el llanto, mirando hacia mi casa, al retirarse dentro, con expresión suplicante y con lágrimas en sus párpados de rosa, único rocío que lograba su pobre corazón.

Cuando le fué permitido a Pilarito salir de paseo no podía imaginar que la esperara una sorpresa como la que recibió su amor del hombre que supo hacer olvidar su desvío con palabras en que, aun así, no halló él tantas disculpas como razones supo ella encontrar en su cariño para disculparle. Pesábale a Pilarito, no ya todo reproche, sino la menor pregunta, a que sólo su corazón bastaba para contestar fielmente. Comprendió que no podía menos de querer a aquel hombre, y le quiso de nuevo, si es que había dejado de amarle. Halló entonces Pilarito en sus padres una voluntad decididamente opuesta a la continuación de tales amores. Pero la prohibición fué inútil. Reanudaba la novia los ensueños venturosos que habían tejido ya sus manos virginales y que embellecieron sus ojos de amor con la luz de su mirada, y

su boca con las emocionadas frases de la pasión primera. Y, en tanto, la dolencia volvía, avanzaba cautelosa para apoderarse otra vez del cuerpo núbil; repetíanse los accesos de dolor, los estremecimientos alarmantes, las contracciones involuntarias, aquella sensación angustiosa en que disponía a la pobre niña la menor inquietud.

Con los nuevos avisos del mal coincidieron los disgustos en casa, cuando la tenacidad de Pilarito llegó a irritar primero, a impresionar después profundamente a los padres. Bien a despecho de éstos, aquella tenacidad logró sobreponerse. Y todos transigieron, porque temieron todos un nuevo amago de lo que ya, por ocultárselo a todos, en defensa de su cariño, hacía sufrir doblemente a la enamorada enferma. Llegó un día en que ésta no pudo seguir ocultando el progreso invasor de aquel mal que, al volver de nuevo, clavó la garra sobre sus débiles hombros, como en són de desafío a toda voluntad que pretendiera combatirlo. La neuritis llevaba tras de sí una parálisis del serrato, cuyos síntomas no habían podido revelarse claramente, confundidos con los sufrimientos que hasta entonces se manifestaran en la pobre niña, atenta siempre a lo que para ella constituía en el mundo toda la felicidad. Y la prohibición sobrevino terminante contra cualquier sacrificio de la enferma por amparar su cariño y su deseo.

Acaso era tarde ya. Pero todavía supo ella esperar hasta las altas horas de la noche para burlar la vigilancia de los padres, vigilando ella su sueño, durante el cual hablaba con el novio, mientras temblaba su cuerpo estremecido por el frío y contraíase el rostro angustiosamente, bajo el imperio del dolor que arrancaba a Pilarito lágrimas irreprimibles, ocultas en la sombra. Ni Julio veía esto, ni era capaz de sospecharlo, ni preguntó nunca el móvil de tal actitud en la familia. Por temer su novia que lo conociese, inquietábala sólo el presentir que, sabiéndolo él ya, se encerrase en una reserva que no acertaba a tranquilizarla por dudar a qué atribuirlo. De su error la sacó él mismo con su despreocupación, acaso sorprendida por los comentarios a que debieron responder las palabras que con sobresalto oyó Pilarito una noche:

—A propósito... En el Casino oí... no... me dijeron que estabas enferma de cuidado, y me preguntaron a mí, que nada sé. Supongo que será mentira, pues que lo supieran todos menos yo...

Aguardó la respuesta. Y escuchó la confesión dolorosa, que acompañó el llanto, imposible de contener aquella noche. No, no era mentira. Porque le quería tan de veras, lo sabían todos menos él. Fácil le fué a Julio el intento de tranquilizar a la novia doliente, ya que a él le dejó tranquilo toda revelación. Pero ella no podía más. La enfermedad había vencido, y ni disimulos ni abnegaciones podían ya seguir encubriendo las señales terribles de su desgracia. El novio cambió de parecer. Eso era otra cosa. Si la enfermedad no les impedía verse, podían seguir como hasta entonces. Pero no viéndose, no pudiendo hablar, lo mejor era dejarlo.

Pilarito no volvió a ver a su novio. El desengaño acabó de quebrantar

su débil organismo, martirizado por los anhelos e inquietudes de aquel amor. A no querer continuar dándole vida, aprovechando para ello el menor descuido que advertía en su casa, tal vez se hubiera curado la enamorada enferma. Así, se agravó más. Pagados con el desvío los sacrificios que a costa de su salud se impuso y que acarrearón la agravación del padecimiento, las energías todas de la linda vecinita parecían haberla abandonado también, dejándola como un triste y mísero despojo en aquel sillón, sobre el cual se incorporaba con gran esfuerzo, cuando se veía sola un minuto, llegándose al balcón de tantos recuerdos felices para dejar allí correr sus lágrimas por las mejillas que el dolor había demacrado, y mirar durante algunos momentos a través de los cristales con expresión de infinita pena.

No podía Pilarito arrancar sentidos acentos al piano como algunos meses antes, cuando iba convaleciendo ya y parecía sentir miedo de entrar nuevamente en la vida. Recordaba yo aún su preferencia por ciertas obras, entre ellas *El crepúsculo*, de Massenet, cuyo poemita se acompañaba algunas tardes, sin que pudiera advertirse que lo iba cantando más que por el leve movimiento que se percibía en sus labios sin color, pálidos aún de la fiebre que poco antes les abrasara, y que marcaban los versos de ingenua melancolía como si pretendieran besar aquellas frases, cuyo rumor acallaba el piano dulcemente:

*Comme un rideau, sous la blancheur
de leurs pétales rapprochées,
les lis ont enrôlé leur cœur...*

Pero llegaba después la obra deseada, a la que siempre había de confiar el corazón de Pilarito sus tristezas. ¿Por qué sin alcanzar un dominio del arte que la permitiese expresar con ajustada norma la idea pujante del genio, derramando en la obra maestra toda la pasión que el númen musical exigía y había inmortalizado, instintivamente ejecutaba Pilarito aquel tema de inspiración y dolor con un ritmo inesperado y profundo que su tristeza ponía en las notas, ampliados los silencios, vibrantes los gemidos de angustia que parecían estremecer su alma, sin que aquellos acentos dolientes, evocadores de cuanto de doloroso y triste llevaba dentro el corazón, desfigurasen, al narrar la muerte de las ilusiones, el sentimiento de verdadero dolor que inspiraba el poema musical?

Tema de dolor era *su obra*. Quizás, únicamente, en fuerza de pasar sus ojos por las notas desoladas que las alas del genio estremecieron, antes de plegarse bajo la fuerza abrumadora del dolor humano, los dedos de Pilarito, pálidos aún, conseguían pulsar con vibraciones de artista la obra difícil de ser interpretada con el ajuste y el vigor que requería la creadora grandeza de una mente gloriosa. Confiando al piano las lágrimas que acaso un resto de esperanza no permitía derramar a sus ojos; dejando antes dormir en el teclado un sinnúmero de notas

que no respondían a su estado de amargura; sin que las ideas melódicas renunciasen a ocultar su atropellada fuga del lenguaje íntimo y tierno que el alma entristecida rehusaba darlas, entraba pronto el espíritu en la región familiar del dolor silencioso, del sufrir callado, en que sin saber por qué se asociaban los ajenos pesares a la resignada expresión del propio sentir, confundiéndolos todos en una sola tristeza, de la que eran eco los sonos profundos, los murmullos contenidos de un tímido vibrar, hasta que una nota trémula, aislada como lapso de un suspiro, cortaba la narración del dolor hecho armonía y se negaba a dar paso al torrente de ilusiones que hacía resurgir el poema, pretendiendo inundar la estancia misteriosa, la calle solitaria y oscura, con nuevas ráfagas de vigorosa pasión, de eterna juventud.

Ya no podía tocar; no le quedaba ese triste consuelo a Pilarito. Si se acercaba al piano alguna vez, caían sobre el teclado sus manos con desfallecimiento. Ni tampoco le era permitido movimiento alguno. De abandonar el sillón por un instante, lo hacía cuando quedaba sola, aproximando a las vidrieras sus ojos oscuros, su frente de raso, como mariposa que aleteara en los cristales cerrados porque buscase morir allí. Cada día estaba peor. Languidecía su bella figura; se notaba el hombro derecho algo desviado, en una forma extraña, de su posición natural. Los comentarios del mundo, que vio sólo con curiosidad cómo Pilarito era olvidada del novio en su enfermedad primera, y se indignaba contra el nuevo abandono cuando vio que al fin se moría la pobre niña, estaban en esto llenos de razón: Pilarito se moría. Debía ella saberlo, pues aunque su increíble abnegación la llevaba a decir que no estaba tan mal, que no debían preocuparse tanto por el estado de su salud, al verse sola sentíase desfallecer, lloraba amargamente, y, sin embargo de cerrarse su alma a toda ilusión, lo mismo que el corazón de los lirios de su romanza, ansiaba la soledad durante el día, al contrario de lo que la hacían desear los insomnios de la noche.

Al quererse levantar una tarde del sillón, cayó al suelo privada de sentido. No volvió a quedar sola. Ante el llanto de los suyos, quebró en la enferma la fortaleza opresora del amor contenido, y en tumultuoso ímpetu pugnaron por salir todas sus lágrimas. Ni volvió a quedar sola, ni abandonó más el lecho; y sobrevino un colapso tras de otro, durante los cuales la constricción de la laringe amenazaba llevar la asfixia a la pobre Pilarito, hasta que llegó la noche en que un nuevo ataque apretó también su corazón, y éste dejó de latir.

Durante todo el día fué grande la concurrencia de gente a firmar en las listas, en el portal de la casa mortuoria, por cuyo dintel pasaban casi continuamente los paraguas a medio cerrar para volverse a abrir de nuevo. Caía la lluvia azotada por el viento de marzo, que sonaba gimiendo en los cristales. Cerca del oscurecer se oyeron en la calle las esquilas funerarias, los tristes cánticos, y apareció la fúnebre comitiva. No quise incorporarme a ella hasta el último momento. Desde mi balcón ví la apretada fila de personas que henchía la calle con los paraguas

relucientes bajo la lluvia. Semejaba el entierro un enorme monstruo de negras vértebras, cuyo ondulante caparazón se tendía medrosamente para recibir las persistentes caricias del agua.

Delante iba el féretro blanco, en el coche blanco también. ¡Pobre Pilarito! Con su eterno adiós, daba su último paseo por la calle en que tantas veces esperara ella los paseos del novio, alejado de aquellos balcones para huir del dolor. Ya no le aguardaría impaciente, haciendo por amarle lo que sólo sirvió para lograr su desvío desde que él no pudo lucir la novia como un objeto de lujo; ni se retiraría llorosa del balcón, ni vería más al fiel amigo que siguiera sus amores día por día, como sus ojos amantes seguían siempre los pasos del novio que se alejaba; se habían acabado para ella las charlas con las amigas, las risas locas, los anhelos por llegar al paseo, por salir al balcón cuando el novio quedaba esperando para verse otra vez; y las despedidas interminables, y las repetidas emociones de la espera, y las sonatas del piano tembloroso bajo la pulsación febril de los dedos de rosa pálido...

Una atracción inexplicable por contemplar la horrible soledad de aquella casa me hizo volver pronto a la mía. Algunas personas del duelo regresaban también. Varias de ellas subieron; otras se llegaron todavía a firmar. Entre estas últimas venía el novio de Pilarito, con sus camaradas, que, cumplido el deber de fórmula, salieron nuevamente charlando a la calle. A los pocos pasos se dieron cuenta los amigos de que Julio no iba con ellos. Volvieron atrás, hasta la casa de Pilarito, creyendo que estaba allí, y pasaron sin verle en el portal inmediato, prendiendo un pitillo. Julio se incorporó jovialmente a ellos, ofreciendo cigarros a todos, y siguieron calle adelante, riendo la gracia.

H. GARCÍA LUENGO

Maravillas de amor

No te quiero querer, pero te quiero,
que quiere el corazón, no el albedrío,
y aunque de ti mi voluntad desvío,
a ti mi corazón va todo entero.

Me aparto de adorarte y, traicionero,
te levanta un altar el pecho mío:
muéstrome alegre y, bullicioso, río,
y, por tu amor, sin que lo sepas, muero.

Hacia ti voy aunque de ti me aparte,
de hinojos ante ti me hincó mi suerte
y, por tu amor, el alma se me parte....

¿Cómo es posible sin querer quererte,
y rehuir tu culto y adorarte
y sin matarme que me des la muerte?

RAMÓN DE SOLANO

El poema de las malas bestias

EL CUERVO

Desolación. Castilla. Invierno.
 El páramo se extiende como plancha de cobre,
 inmensamente, inacabable, eterno.

Desolación. El viento con ulular de loba
 galopa sobre el páramo cabalgando en su escoba.

El horizonte lejos... lejos...
 es una curva inmensa, abierta
 como una hoz, con sus reflejos
 de plata antigua y de agua muerta.

En el cielo color ceniza
 con sus alas de maldición
 un cuervo negro se desliza.
 Desolación.

Es el cuervo
 negro y protervo,
 el fúnebre cuervo augural.
 Es el cuervo
 negro y protervo
 con su graznido de metal.

En la noche de invierno, eterna y angustiada,
 cuando brilla la lámpara con tristeza lunar
 y la fiebre acaricia con su mano viscosa
 la frente, toda ensueños y risa y claridad,
 de un hijo de vuestra alma que abre sus labios secos
 y sueña con la fuente de mármol del jardín,
 mientras el viejo péndulo marca con golpes huecos
 el pasar de las horas que caminan sin fin...
 Una sombra en la sombra, como un mal pensamiento,
 teje en torno a la cuna su vuelo de terror.
 Sus garras de avaricia acechan el sangriento
 botín de la miseria y del dolor.

Es el cuervo
 negro y protervo,
 el fúnebre cuervo augural.
 Es el cuervo
 negro y protervo
 con su graznido de metal.

Cuando sobre la gloria de los campos extiende
 la tormenta su cuerpo enorme de dragón,

y el temblor luminoso de sus crines explende,
y el chorro de su aliento pasa como un ciclón,
hay en la choza—tierra y hollín—un alarido,
—noches sin luz, tardes sin sol, días sin pan—
y la familia, como rebaño perseguido,
en el rincón se acarra del lamentable hogar.
Una sombra en la sombra vuela en torno a la casa
abrumadoramente, como una maldición,
y estrechando sus círculos avizorando pasa
su botín de miseria y de dolor.

Es el cuervo
negro y profervo,
el fúnebre cuervo augural.
Es el cuervo
negro y profervo
con su graznido de metal.

Es el cuervo que vuela en torno
de la oscura boca del horno
que se enfría falto de lumbre;
sobre toda la podredumbre,
sobre todas las tierras llecas
y las criaturas entecas,
sobre el artista que se agota
al mirar la gloria remota
y la ilusión desvanecida,
sobre la frente del suicida,
sobre los visionarios pálidos
y los guerreros inválidos,
sobre el emigrante que huye,
la virgen que se prostituye
y el viejo clon que el hambre oculta
bajo la falsa risa estulta,
sobre todas las vidas rotas
y sobre todas las derrotas
y sobre todas las ponzoñas
y sobre todas las carroñas,
sobre todas las cosas mustias
y sobre todos los temores
y sobre todas las angustias
y sobre todos los dolores.

Es el cuervo
el cuervo usurero
el fúnebre cuervo augural.
Es el cuervo
el cuervo usurero
con su graznido de metal.

Este era un pastor...

Sí: este era un pastor, el cual, a primera vista, no se diferenciaba gran cosa de los demás pastores. Digamos, sin embargo, que sabía leer a trompicones y borrajear unos garabatos que, con un poco de buena voluntad, podían tomarse por letras; que improvisaba una copla, con estribillo o sin él, en menos que canta un gallo; y que tañía su flauta de caña, si no con tan portentosos resultados como Damón y Alfesibeo, *quos est mirata juvenca certantes*, a lo menos con el compás suficiente para que, a falta de mejor música, alguna rústica pareja se descoyuntase bailando. Más de un solitario viajero que, carretera adelante, caminara en una de esas noches veraniegas de Castilla, solemnes, grandes, de estática majestad, habíase parado a escucharle; y es cosa positiva que apenas dejaba oír las primeras notas de su instrumento, enmudecían grillos y cigarras, no se sabe si a impulso de la admiración, o por el temor que naturalmente les infunde esta perversa raza humana.

Este pastor se llamaba Demetrio. El nombre no es, ciertamente, muy poético, ni corre parejas con el de los Ergastos, Sirenos, Elicios, Anfrisos, Clarenios y otros más como pulularon por imaginarias Arcadias; pero reconoceréis que tampoco es de los que espantan ni causan disgusto. Sea como quiera, Demetrio estaba contento con su nombre, y nosotros no somos quién para pretender en este punto mayor autoridad que el propio interesado.

Quedamos, pues, en que si Demetrio no se diferenciaba mucho de los demás pastores, se diferenciaba algo de los demás pastores. Hasta estoy por decir que se diferenciaba mucho. ¿Cómo, sino, explicar que en medio de su salvatiquez—no me censuréis: la palabra es de uso clásico,—que en medio de su salvatiquez revelara a veces cierta delicadeza de alma, poco compatible con cháfaras y zamarras? ¿Cómo comprender sino sus repentinas murrias y fristezas, y sus inesperados raptos de alegría? ¿Cómo justificar de otro modo que muy a menudo, dentro de su rudo vocabulario, supiera expresarse con mucha viveza y colorido? Algo había, sin duda alguna, dentro de Demetrio. Yo le ví más de una vez quedar absorto ante una errante mariposa, y seguir con sus grandes ojos negros los giros del insecto; yo le ví, como otro Narciso, mirarse fija y calladamente en las aguas del riachuelo, como quien de entre las linfas quiere arrancar secretos a los hombres vedados; yo le ví, en noches de cielo purísimo, contemplar las estrellas del Carro o de las Cabrillas, y en seguida apoyarse pensativo sobre su cayado, como si hubiera leído en los astros y se parase a meditar sobre el sentido de aquellos signos. Y aunque yo no lo ví, más de cuatro me

contaron que Demetrio, estando en el monte con su rebaño, caía alguna vez en un éxtasis profundo, y como un sonámbulo vagaba por entre sus ovejas, pronunciando palabras misteriosas, no se sabe si en verso o en prosa, si razonadas o incoherentes.

A las tres de la mañana, en verano, Demetrio se desperezaba en su mísero lecho, daba un salto, vestíase las pobres ropillas, tomaba el zurrón y el cayado, y abría la tenada para que salieran las ovejas. En seguida echaba a andar tras el ganado por el regato arriba, entre un animado tintineo de cercerras y un incesante coloquio de balidos. ¿Entendía Demetrio lo que decían sus ovejas? Seguramente no; pero las distinguía en su balar, y aún sabía cuál de ellas, al hacerlo, manifestaba gozo y alegría, y cuál revelaba malestar y tristeza.

A quien sí que entendía Demetrio era a *Duque*, aquel perro sucio y desmirriado, de pelo ralo y flácidas carnes. Cuando *Duque* se plantaba frente a Demetrio mirándole de hito en hito, y gruñía baja y misteriosamente, el pastor sabía si su perro demandaba permiso para acuciar al rebaño, o si le contaba las picardías hechas por alguna res.

¡Triste vida la de Demetrio! ¿Y no andamos todos vagando un día y otro día, con nuestro zurrón al hombro, viendo hoy lo mismo que ayer, y siempre igual?

* * *

Los *señoritos* llegaron al comienzo del verano. Hacía varios que no iban por su finca de la Salceda, y la escasa dependencia que allá tenían —el cachicán, un mozo de mulas y el pastor,—los recibió con la solemnidad y aparato propios del caso. Al pie de la carretera, que pasaba misma-mente junto a la casa de labor, se situaron los tales y sus familias, con trapos de día de fiesta, y al hacer alto la diligencia de Vallerralo, corrieron a abrir la portezuela y saludar a sus amos, mientras el mayoral se disponía a descargar baúles, maletas, sombrereras y una balumba de bultos.

No sentían, no, que llegasen los señoritos, ni se inquietaban porque su presencia en la Salceda les hiciera perder la libertad que de ordinario tenían. Los señoritos eran muy buenos, y lejos de importunarlos y causarles molestia, les llevaban animación y alegría, rompiendo temporalmente la monotonía de aquellas soledades.

Los padres, don Fabián y doña Engracia, eran dos excelentes personas. Si la bondad se computase por el peso, bien podría decirse que en ellos se cumplía rigurosamente la ley. Los dos rechonchos, gorditos y colorados, rebosaban en su rostro rubicundo toda la ingenuidad y benevolencia de su carácter campechano. Don Fabián era bromista y dicharachero, sin que ello redundase en menoscabo de su seriedad, bien acreditada en los veintisiete años que llevaba dedicado al comercio de paños. En punto a locuacidad, doña Engracia no igualaba a su marido, porque le mejoraba en tercio y quinto, pudiendo sentar

plaza de parlanchina allí donde las hubiera; mas en la hidalguía y nobleza de sentimientos, allá se andaban. Todo esto por lo que hace a los papás; que en cuanto a la niña....

¡Ah, la niña! La niña era un primor. En lo físico no podía negar de qué tronco era rama, aun siendo menos regordeta y mejor moza que sus padres. ¿La llamaremos guapa? Si hemos de guardar respeto absoluto a la verdad, no la llamaremos guapa; pero sí diremos que tenía en su cara tal atractivo, que podría cambiarse por el de muchas bellezas. Aquellos ojos negros que la bailoteaban; aquella nariz que andaba muy cerca de ser respingada; aquella boca diminuta y risueña; aquellas facciones redondas que se envanecían con frescos y sanísimos colores, formaban un delicioso conjunto donde la gracia se mostraba mejorada por un *no sé qué* encantador, que bien pudiera ser el *facetum* de Quintiliano.

Pues ¿y el donaire del cuerpo? Se daba también el caso de que sin ser esbelto, que no lo hubieran consentido sus redondeces, tenía una agilidad y una morbidez de contornos, que suplían ventajosamente a la esbeltez.

Todo esto en cuanto a lo físico, que si a otro género de prendas fuéramos, sería el cuento de nunca acabar. La alegría que llenaba su espíritu, salía rebosante al exterior y todo lo saturaba. Y aquella jovialidad no era el natural resultado de frívolos sentimientos, sino la comunicativa expresión de un estado de alma en que andaban parejas la generosidad y la llaneza. ¿Tristes al lado de Rosa? Tan imposible era esto como que ella lo estuviera. ¿Necesitados? Buenas monedas había en su bolsero para impedirlo.

La familia, por lo que va dicho, más bien parecerá ideal que real; pero así era, y yo no he de falsear la verdad. Y como era así, compréndese que los criados de su finca la recibieran con los brazos abiertos.

Apeáronse, pues, de la diligencia los papás y la niña, seguidos de una maritornes bien portada, y entre los saludos, respetos y muestras de afecto de sus sirvientes, echaron hacia su casita de campo. El cachicán y el mulero se ocuparon en recoger el matalotaje, y el mayoral de la diligencia, echando mano a la gorra, lanzó un—*¡Adiós, señoritos!*— y arreó a las mulas, que arrancaron velozmente entre el cascabeleo de sus colleras.

* * *

No nos importa saber lo que hicieron aquel verano en la Salceda Don Fabián y Doña Engracia. Si el lector tiene algún interés en saberlo, baste decirle que aquel excelente burgués paseó de lo lindo por caminos y eriales, disparó algunos tiros, nada certeros, contra tordos y codornices, y hasta recibió tal cual codillo del cura y el médico del pueblo próximo—*Valdejuncales*. En cuanto a su mujer, departió mano a mano con gañanes, agosteros y *peladoras*, distribuyó el diario alimento entre

una grey no escasa de gallinas, y menudeó las visitas con las *notables* del mencionado pueblo. ¡Virgen santa, cuántas y cuán diversas cuestiones se pusieron sobre el tapete en aquellas tertulias, qué competencia de conocimientos y de verbosidad se despertó entre las congregadas, y cuántos problemas de indumentaria, agricultura y aun sociología quedaron resueltos!

Mucho más nos interesa saber la vida que hizo Rosita en aquella temporada estival, y esto es lo que ahora vamos a ver.

Rosita madrugaba. A las seis de la mañana ya estaba en pie, y aun arreglada y compuesta. Salfa de casa, daba un vistazo por la tenada y el gallinero, se aproximaba a la carretera para curiosear el paso de tal cual viandante tempranero, y volvía a sus habitaciones, donde ponía mano en los indispensables avíos domésticos y asesoraba a la encargada del negociado de cocina.

Por la tarde, después de comer, Rosita se aburría un poco, aunque procurase entretener el tiempo con labores de costura; pero en cuanto el sol se iba acercando a las casas de Valdejuncales, para ocultarse por detrás de la torre, llegaban para Rosita los momentos más felices de todo el día.

Rosita no era precisamente una niña romántica. Tenía el sentido de la realidad, y aunque viva de imaginación, estaba libre de ciertas exaltaciones muy próximas al ridículo. Sin embargo, al llegar el crepúsculo de la tarde en la soledad de aquellos campos, no podía dominar su emoción y hasta sentía ganas de exteriorizarla en palabras vehementes y en risas y en cantos.

No era el caso para menos. En sentido opuesto al pueblo, a pocos pasos de la Salceda, se extendía la espaciosa vega, salpicada de árboles chatos, repolludos, entre los cuales sesteaban los ganados de la *dula* o algunas parejas de bueyes. Culebreando por la yerba se deslizaba una corriente de agua cristalina, demasiado pequeña para merecer los honores de río y acaso muy grande para recibir el humilde título de arroyo. En sus márgenes crecían espadañas, mimbres y una buena drecera de sauces, que sin duda daban nombre a la finca de Don Fabián. A lo lejos atravesaba el horizonte la línea desigual de unos montículos bajos y prolongados.

De la otra parte, marcaban el trayecto de la carretera dos filas de chopos, tendidas en el plano uniforme de un campo sin límites, bordado de retazos verdes y amarillos, según la calidad y sazón de los sembrados. Las casas del pueblo se acurrucaban en un descampado, como asustadas de su pequeñez ante la grandeza del paisaje.

Pero lo que idealizaba aquel conjunto y llenaba de encontrados sentimientos el alma de Rosita, era la inefable combinación de las luces vespertinas al tenderse por los campos. Un largo brochazo gris bordeaba los montes lejanos; en la atmósfera bailoteaban sombras y resplandores, y encima del pueblo, por donde se ocultaba el sol, irradiaban singulares llamaradas rojas, verdes, áureas, que algunos

días, al chocar con nubes y celajes, vibraban y jugueteaban por entre girones y desgarraduras.

Esto es muy vulgar. ¿Quién no lo ha visto? Muchos, que no creen en la poesía del llano, encontrarán inverosímil que Rosita se sintiera emocionada por semejante espectáculo. Piensen, sin embargo, que Rosita, a más de haber nacido en el llano, era capaz de sentir la poesía.

Tanto la sentía, que sin llegar a la categoría de literata, gustaba de leer cuantos versos caían en sus manos, desde los insertos en las hojas de los calendarios hasta los que en *La Elegancia Femenina*, a que su cariñoso papá la había suscrito, publicaba cierta poetisa que se firmaba con el seudónimo de *Clavellina*.

Es el caso, pues, que Rosita todas las tardes salía por la vega a gozar de aquella deleitosa escena. Unas veces iba en compañía de su mamá, cuyo palique apartábala un poco de sus pensamientos; otras marchaba sola por la orilla del arroyo, bebiendo, por decirlo así, la grata apacibilidad que se difundía por todo el ambiente; otras, en fin, llegábase hasta donde estaba el pastor Demetrio con sus ovejas, y conversaba con él durante un rato.

«¡Toma!—dirá el lector—¡Eso ya lo veía yo venir! ¿A qué sino hablarnos del pastor al comienzo de este cuentecillo, o lo que sea, y no volver a decirnos de él ni una palabra? ¿No se vislumbraba ya que Demetrio y la mocita habían de tener alguna relación?»

Pues alabo la perspicacia del lector, y confieso que, en efecto, ahí venía yo a parar con todos los requilorios anteriores. Sigamos, pues, adelante.

Rosita y Demetrio hablaban de muchas y variadas cosas: de la vida y costumbres de las ovejas, de la crudeza del invierno en la Salceda, del lobo que una vez, hacía tres años, entró en los *telares* del monte, y al cual Demetrio arrojó valientemente sin más armas que su garrota... Rosita gustaba mucho de la ingenua charla del pastor, y adivinaba tras su rústica apariencia cierta delicadeza instintiva.

Aquel día—creo que fué el 4 de Agosto,—Rosita llegó al paraje donde estaba el zagal en ocasión que éste, sentado sobre el tronco de un árbol derribado, comenzaba a cantar un romance:

Camina la Virgen pura,
camina para Belén,
y en el medio del camino
pide el Niño de beber...

—¿Cómo?—preguntó la muchacha—¿Sabes cantar esas cosas tan bonitas y no me habías dicho nada?

—Señorita—contestó Demetrio;—son cantares *mu* viejos... Ya nadie los canta. ¡Ya ve usted! ¡Me los enseñó mi *agüela*, que tenía ochenta y cuatro años cuando se murió!

—Pues aunque sean viejos, son muy bonitos. ¿Y te enseñó muchos?

—¡Anda! ¡Ya lo creo! El de Delgadina, el de Gerineldo, el de la Narbola, el de don Bueso...

—Pues tienes que cantarlos para que yo te oiga.

—Es que... señorita... casi todos ellos son así *mu...* vamos, que dicen cosas un poco feas.

—¿Y no sabes otros cantares?

—Como saber... sí que sé. Y hasta los saco de mi cabeza.

—¿De tu cabeza? ¿Tú sabes hacer versos?

—Versos... yo no sé si son versos. Hago cantares, y a mí me parece que *cain* bien.

—No sabía yo que eras poeta.

—¡Poeta! ¡Señorita! Los poetas son los que lo saben todo, los que adivinan lo que va a pasar.

—No, hombre, no. Poetas son los que escriben cantares y otras cosas más bonitas.

—¡Ay, quién fuera poeta!

—Verás, voy a decirte una cosa escrita por un poeta, a ver qué te parece.

Y Rosita, curiosa sin duda de ver qué efectos producían en Demetrio los estímulos de la belleza, recurrió a su memoria y dijo:

Como propias gocé tus alegrías
y sentí como propios tus dolores;
no recuerdes mi nombre cuando rías,
no olvidaré yo el tuyo cuando llores.

Aunque crezcan distantes e ignorados,
igual dan su perfume al aura pura
la rosa de matices delicados
y el pino que vegeta en la llanura.

A medida que Rosa recitaba, Demetrio quedábase absorto, como pendiente de aquella dulce palabra.

—¡Señorita!—dijo al terminar—¡Eso es muy bonito! ¡Quién supiera hacer cosas como esas!

—¿Te gusta?

—¡Mucho, ya lo creo! ¿Lo ha *sacado* usted de su cabeza, señorita?

—¡No, hombre, no! Esto lo ha hecho un poeta que se llamaba Manuel del Palacio. Pero, vamos a ver: ahora es preciso que me digas alguno de esos cantares que tú inventas.

—¡Por Dios, señorita! Si son *mu* rústicos, como yo.

—No importa. Yo quiero que me digas alguno.

—Si usted lo quiere... allá va.

Y Demetrio, poniendo uno de aquellos gestos en él comunes, que tanto parecían de atontamiento como de éxtasis, dijo así:

Al subir mi caminito
rosas y flores planté.
Quiera Dios y mi fortuna
que las encuentre al volver.

—¡Muy bien, muy bien!—clamó Rosita palmoteando alegremente.— Eso es también muy bonito. ¡Vaya si eres un poeta, Demetrio!

—¡Quia, señorita! Son cosas que hago *pa* entretenerme cuando me aburro en el campo. ¿Quiere usted oír otro?

—¡Ya lo creo!

—Pues oiga usted:

Oveja que es para el lobo
no hay San Antón que la guarde.
Amores que han de morir
se consumen en el aire.

—¡Precioso, precioso!—dijo Rosita.—Te digo que eres un poeta de cuerpo entero.

Y cuando, terminada la conversación, regresaba Rosita a su casa de la Salceda, iba diciendo para sí:—Pues señor; si este chico no nace pastor, hubiera sido cosa de provecho. ¡Cuántos hay que debían estar guardando ovejas con más motivo que él!

* * *

¿De donde diablos había salido aquel libro? A buen seguro que Don Fabián no le habría llevado allí. ¿Qué sabía él de tales lecturas? Acaso el individuo que le había vendido la finca, un ricacho venido a menos, se le dejó por olvido, y allí se estuvo atrancando una de las ventanas del desván hasta que dió con él la curiosidad de Rosita. Era un librito estrecho, alargado, en cuya portada decía así: *Obras de Garcilaso de la Vega, ilustradas con notas. En Madrid, en la Imprenta de Sancha, M.DCC.XCVI.*

Rosita leyó el libro y quedó encantada. Alguna vez había ella oído hablar de aquel Garcilaso de la Vega, pero, a decir verdad, no sabía quién era. De cualquier modo que fuese, los versos la parecían de perlas y salvo algunas cosas que ella no entendía bien por estar escritas en lenguaje antiguo, encontraba bellísimos aquellos pensamientos llenos de dulzura, aquel reposo y apacibilidad de afectos, aquella transparencia y fluidez de palabra.

Rosita quiso que Demetrio oyera leer alguna de aquellas poesías. Tomó, pues, el diminuto libro, y vega arriba se encaminó al lugar donde estaba el pastor.

—Mira, Demetrio—le dijo.—Te traigo aquí unos versos que te van a gustar. Escucha.

La muchacha abrió el libro al azar, y leyó así:

¿Quién me dijera, Elisa, vida mía,
cuando en aqueste valle al fresco viento
andábamos cogiendo tiernas flores,
que había de ver con largo apartamiento

venir el triste y solitario día
 que diese amargo fin a mis amores?
 El cielo en mis dolores
 cargó la mano tanto,
 que a sempiterno llanto
 y a triste soledad me ha condenado;
 y lo que siento más es verme atado
 a la pesada vida y enojosa,
 solo, desamparado,
 ciego sin lumbre en cárcel tenebrosa.

Iba a seguir adelante Rosita; pero Demetrio la interrumpió diciendo:

—Señorita, señorita: lea uste eso otra vez. No puede haber nada más bonito que eso. Lea, léalo usté.

Le complació Rosita. Luego abrió el libro por otro sitio y leyó más versos. Y así estuvo largo rato, hasta dejar bien expurgado todo el libro.

Demetrio estaba inmóvil, reflejando en su rostro la más honda, la más pura de las satisfacciones. Aquella cadencia de los versos resonaba sin duda en sus oídos como música divina. Acaso no entendiera el pastor todos los conceptos vertidos por el cantor de Flérida; pero algo adivinaba allí que suspendía su ánimo, que se le entraba muy adentro y le bañaba en inefable ternura.

Muchas tardes, desde la de aquel día, Rosita leyó a Demetrio el libro de Garcilaso. El pastorcillo saboreaba línea por línea, palabra por palabra; pero no había nada que le gustase tanto como aquellos versos, los primeros que le leyó su señorita:

¿Quién me dijera, Elisa, vida mía,
 cuando en aqueste valle al fresco viento
 andábamos cogiendo tiernas flores.....

Demetrio llegó a aprenderlos de memoria.

* * *

El veraneo dió fin: llegó el momento de la partida. Aquel día hubo en la Salceda movimiento desusado. Doña Engracia preparó los baúles, las maletas, las sombrereras; D. Fabián recibió la visita del médico, del cura, del maestro, que iban a darle una cordial despedida. Los criados andaban de un lado para otro, haciendo los últimos preparativos para la marcha. Se advertía allí la tristeza e intranquilidad que preceden a una partida, sobre todo cuando las personas que parten son gratas a las que se quedan.

No parece necesario decir que uno de los que con más dolor vieron llegar aquel instante, fué el pastor Demetrio. Gorra en mano se despidió de sus señoritos, expresando como Dios le dió a entender el sentimiento que le embargaba, y haciendo vofos por que en el año que había de

transcurrir hasta su nueva vista, la felicidad acompañase a Rosita y a sus papás.

—¡Adiós, Demetrio!—le dijo Rosita.—Y descuida, que al verano que viene seguiremos leyendo versos.

Luego, como Demetrio había de salir al campo con sus ovejas, se despidió sin esperar la llegada de la diligencia; mas en vez de conducir el ganado, como otros días, a la anchurosa explanada de la vega, llevóle a un pradillo próximo a la carretera por donde había de pasar el carruaje con sus señoritos. Quería verlos partir.

De buena gana trasladaría yo a este lugar las mil disposiciones que dió doña Engracia; los encargos que hizo a sus servidores para la temporada entrante y para la fecha, nada cercana, del otro verano; las frases de afecto que les dedicó, adioses que les dió y consejos que les enjaretó. Pero como todo ello, sobre todo si había de ir acompañado de las detenidas advertencias con que D. Fabián corroboraba sus palabras, excedería de mis fuerzas y requeriría una suma de papel de que no dispongo, renuncio a tan tentador deseo.

A las tres de la tarde llegó la diligencia. Embanastáronse los viajeros, aupáronse los equipajes a la baca, y... ¡adiós Salceda, que te quedas sin gente!

Poco más de un kilómetro habría andado la diligencia, cuando Rosita observó que allá, en una pradera no muy alejada de la carretera, pacía un rebaño de ovejas. No había duda: era el ganado de su casa. Allí estaba Demetrio. Rosita sacó el pañuelo para darle el último adiós.

Sí, allí estaba Demetrio; Demetrio, que no apartaba su vista de la carretera, y que al ver agitar un pañuelo en la ventanilla de la diligencia, sintió que su corazón daba un vuelco. Miró, miró ávidamente, y mirando sin pestañear estuvo hasta que el coche desapareció en una revuelta lejana, mientras el blanco lienzo flameaba sin cesar. Lentos, pausados, los labios de Demetrio murmuraron así:

El cielo en mis dolores
cargó la mano tanto,
que a sempiterno llanto
y a triste soledad me ha condenado,
y lo que siento más es verme atado
a la pesada vida y enojosa,
solo, desamparado,
ciego sin lumbre en cárcel tenebrosa.....

¿Sería verdad? Cualquiera diría, al observar que cesaba en su recitación y alzaba el brazo hasta tocar en el rostro, que Demetrio había limpiado una lágrima furtiva con la manga de su zamarra.

NARCISO ALONSO CORTÉS

Santillana del Mar

Oh, vetusta silueta recortada,
con un fino perfil en el ambiente
puro y azul, dormida dulcemente
a esta primera luz de la alborada!

Desciendo por la paz de una calzada,
que a ti me lleva, y veo, reverente,
tu pasado esculpido fuertemente
sobre tu augusta majestad dorada.

¡Cómo pasan los siglos! En la calma
de esta mañana azul yo te contemplo
como un bello sepulcro, y con el alma
suspensa en tu silencio prodigioso,
traspaso, cual si fueran los de un templo,
tus umbrales de luz y de reposo.

Traspaso tus umbrales, Santillana
del Mar, ciudad antigua, imagen fuerte
del alma, triunfadora de la muerte,
libre de escoria y podredumbre humana.

Vibra en el aire tibio una campana
que es cual la voz de tu pasado inerte,
que quisiera animarte y removerte
y darte vida vigorosa y sana.

Mas tan sólo tu espíritu palpita
y alienta en el silencio. Tu grandeza
se fué y no volverá; la muerte habita
entre tus viejos muros desplomados,
en cuyas piedras hablan la nobleza
y el linaje de tus antepasados.

De tus antepasados que, en la grata
soledad de un vetusto enterramiento,
son tierra vil y polvo ceniciento
del suelo de la austera Colegiata.

El alma soñadora se dilata
mientras marcha el inquieto pensamiento
por el ayer, con paso grave y lento,
en brillante y lucida cabalgata.

¡Oh, campo de Revolgo, ahora dormido
bajo árboles gigantes, en sosiego!...
¡Vida que fué, pasado derruido. .!
¡Torre en la calma del paisaje quieta. .!
Aquí nació Gil Blas el andariego...
y esta es la casa del Marqués poeta.

SONETOS

EN LOOR DEL HIDALGO A QUIEN DICEN
ACASO POR MOFA EL LINDO DON DIEGO

I

Este Don Diego San José del diablo
me da una sensación muy complicada.
Si hablo con él pareceme que hablo
con un hidalgo de la edad pasada.

Es frecuente escucharle algún venablo
de rancia prez, en charla descuidada.
Yo, prudente, corríjole el vocablo
y él ríe con su boca desdentada.

A la orilla del río Manzanares
platicamos en noche fibia y clara,
entre el fragor de zambras populares.

Y su silueta absurda sobre el río
parecíame, en medio del gentío,
¡la sombra de Luis Vélez de Guevara!...

II

Otro día, del Santo a la pradera,
fuimos con dos plebeyas barraganas,
—Doña Tolosa y Doña Molinera—
damiselas volubles y livianas.

Era del gremio de *semi-mundanas*
la mía, con su rubia cabellera,
y sus ojeras tristes y malsanas;
la suya era una lúbrica ramera...

Iguales en su estúpido cinismo,
iguales en su charla pintoresca,
el fondo de sus almas era el mismo.

Mas yo quintaesenciaba mi erotismo
y él lo veía en tono de humorismo,
¡como en una novela picaresca!...

Anales del Teatro Español

(CONTINUACIÓN)

6 Junio.—El Consejo autorizó a Melchor Alvarez para publicar un volumen de las *Comedias* de D. Antonio de Solís, las cuales se imprimieron a costa de D. Justo Antonio de Logroño. Contenía *El amor al uso*, *Las amazonas*, *El alcázar del secreto* y otras hasta el número de 9.

Junio.—Se representaron en Madrid los autos sacramentales, que fueron *La divina Filothea* y *El Cordero de Isaías*, ambos de Calderón. Uno de ellos no llegó a terminarlo, tocándole esta tarea a D. Melchor de León, que además escribió dos sainetes. Hicieron las representaciones las compañías de Manuel Vallejo y Antonio de Carvajal.

23 Agosto.—Representó en Valencia la compañía de Angela de León, en la que figuraban Juana Navarro (2.^a dama), Francisca de Monroy (3.^a dama), Angela García (quinta), Bernardo de Heredia (1.^{er} galán) y Cosme de la Rosa (músico).

15 Setiembre.—Fray José Ponti aprobó en Valencia el folleto: *Fúnebres elogios a la memoria de D. Pedro Calderón de la Barca, escritos por algunos apasionados suyos del Alcázar.*—Se imprimió en Valencia en el mismo año y colaboraron el Marqués de Villatorcas, el Conde de Buñol, D. José Ortí, D. José Coloma, D. Vicente del Olmo, D. Jaime Fúster y D. Francisco de Figueroa.

1681

Don Juan Sanz y Moreno escribió y publicó la comedia: *La más verdadera copia del mejor original: Doña Antonia Jacinta de Navarra.*

Se considera impreso en este año el siguiente folleto: «*A la Magestad Católica de Carlos II, nuestro Señor, rendida consagra a sus Reales pies, estas vasallas voces desde su retiro, la Comedia.*»

Es una defensa del Teatro, con no escasas citas históricas, presentando como lícita la comedia, citando sacerdotes y religiosos que las escribieron, varones ilustres que se deleitaron con ellas y ventajas de este recreo.

Obtuvo el cargo de Aposentador de S. M. el poeta dramático Don Pedro de Arce, que escribió las comedias *El Sitio de Viena* (1.^a y 2.^a Parte) y *El Príncipe incógnito y defensor de su padre.*

Nació en Setúbal el poeta dramático Antonio Benito Figueira.

.....

Murió la comedianta Josefa Guzmán, mujer del autor Lorenzo García. Hizo primeras damas.

.....

Falleció la comedianta Dorotea Hermoso, mujer de José Verdugo de la Cueva, autor. Hizo quintas y sextas damas.

.....

Dejó de existir en Madrid la comedianta Mariana de Rojas, mujer del autor Cristóbal Caballero. Se la conocía por la *Plumilla*.

.....

Murió la comedianta Paula López, hija del representante Juan López.

.....

Murió la comedianta Isabel de Fuentes, conocida por *Lanza de coche*, hermana de la aplaudida Leonor de Fuentes.

.....

Falleció en Madrid la comedianta Luisa de Pinto, mujer que fué de Bernardo de la Vega. Logró muchos aplausos en Andalucía, Madrid y Valencia.

.....

Representó en Valencia la compañía de Agustín Manuel, figurando en ella como barba Francisco Salinas, a quien llamaban *El Padre Eterno*, y Bartolomé de Vilchez, que hacía cuartos galanes.

.....

Estuvo actuando en Lisboa la compañía de que era autor Isidoro Ruano. Entre los representantes que la componían figuraban: Josefa Guzmán (primera dama), Francisca de Medina, que fué después mujer de José Mendiola, que hacía las segundas damas, Margarita Ruano, hija del autor, (tercera), Margarita de Castro (quinta), Francisco Rodríguez y Antonio de Aguilar (guardarropa).

1682

Febrero.—En la Academia del Alcázar de Valencia, se representó la comedia de D. José Orti y Moles, titulada: *Aire y tierra y mar son fuego*, a la cual precedió una Loa del Conde de Cervellón y después un sainete de Orti.

30 Marzo.—Empezó en uno de los corrales de Valencia la compañía de Antonio de Escamilla y Manuel Vallejo, llevando en ella a María de Cisneros (2.^a Dama), Andrea de Salazar (3.^a), María Aguado (4.^a), Antonia Serrano *La Turca* (5.^a), Francisca Fernández (6.^a), Alonso de Olmedo (galán), Cristóbal Caballero (4.^o galán), Francisco de Fuentes *Monguía* (vejete) y otros.

19 Abril.—Reanudaron en Valencia las representaciones los comediantes que formaban la compañía de Antonio Escamilla y Manuel Vallejo.

14 Julio.—Con motivo de la peste, se publicó un Real Decreto suspendiendo las representaciones.

20 Octubre.—Escribió un *Discurso* a favor de la *Aprobación de las comedias de Calderón*, que escribió el Maestro Guerra, elogiándolo bastante, el P. Fr. Agustín Barrientos.

Murió la comedianta María Clavel, natural de Alcira, que estuvo en la compañía de Fulgencio López.

Dejó de existir la comedianta Francisca Rodríguez, hija de Francisco y Bernarda María y mujer de Francisco de León.

Falleció Juana de Cisneros, mujer de Lorenzo Escudero, que hizo primeras damas.

Falleció la comedianta Magdalena Marquino, viuda de Domingo de la Plana. Estaba retirada de la escena y era de avanzada edad.

Murió Feliciano de Amsó, mujer de Navarrete. Hizo sextas damas en Madrid.

Murió la comedianta María Zabala, hermana de Manuela, Trabajó en la compañía de que era autor José Garcerán.

También falleció en este año en Alicante, el representante Alonso de Olmedo, el mozo. Era Bachiller en Cánones por la Universidad de Salamanca y dejó sus estudios por seguir el Teatro. A los pocos días de casado, al salir su mujer del Corral de Comedias de Madrid, se la llevó con violencia el Almirante de Castilla, sin que Olmedo volviese a verla. Escribió bailes y sainetes.

Se le hizo un entierro suntuoso. Olmedo escribió los entremeses *Las locas caseras*, *La dama toro*, *El Sacristán Chinchilla* y los bailes *Las flores*, *Menga y Bras*, *Dos áspides trae Jacinta*, *La gaita gallega* y *La niña hermosa*.

1683

23 Enero.—Comenzó en Valencia la compañía de Antonio Escamilla y Manuel Vallejo. En ella iban Antonia Serrano (La Turca), Andrea Salazar y Antonia de Rojas, ésta como 5.^a dama.

19 Abril.—En Valencia, terminada la Cuaresma, reanudó sus representaciones la compañía de Manuel Vallejo y Antonio Escamilla.

26 Abril.—Comenzó a trabajar en Valencia la compañía de que era autora Antonia Magdalena López, que llevaba como 5.^a dama a Francisca Pacheco.

5 Mayo.—El ermitaño de Carcajente Fr. Antonio Fajardo Acevedo, firmó el manuscrito autógrafo de su comedia: *El divino portugués, San Antonio de Padua*.

6 Julio.—En Cabildo celebrado por los P. P. de San Juan de Dios, de Málaga, bajo la Presidencia del Prior Fray Juan de Aguilar, se reunieron los conventuales y el P. Prior dijo como Manuel de los Santos, autor de comedias, estaba debiendo el préstamo que se le hizo cuando principió a representar empezando el año, y que de dicho préstamo estaba debiendo 2.000 reales, poco más o menos, por causa de no tener entradas por la calamidad de los tiempos y hallarse imposibilitado para hacer dicho pago.

Tenía ajustado el ir a la ciudad de Ronda, Lucena y otros lugares, y que se obligaría a volver a acabar el año y satisfacer dicha deuda y traer nuevas Comedias y reformar la música y otras cosas, que constan en la Escritura que hizo a favor de dicho convento y Hospital, y habiéndolo oído y entendido todos los religiosos, dijeron que así convenía, supuesto que para dicha cobranza era el mejor medio el aquí mencionado.

Firmaron: Fray Juan de Aguilar; Fray José G. Muñoz; Fr. Juan Bautista Sixto; Fr. Francisco del Campo; Fr. Antonio Grande; Fr. Mateo López de Herrera; Fr. Francisco de San Miguel; Fr. José de Rivera y Fr. Antonio Román.

11 Agosto.—A causa de la muerte de la Reina, mientras no se celebrasen las honras, se acordó en Madrid suspender la representación de comedias.

23 Setiembre.—Real Orden suspendiendo las comedias en Madrid, durante dos semanas, por un jubileo.

9 Noviembre.—S. M. otorgó 1000 ducados anuales al poeta dramático D. Francisco Antonio de Bances Candamo. Bances se encontraba ya restablecido de la herida que recibió en el pecho, según parece con motivo de ciertas alusiones que dirigió a elevado personaje en su comedia *El esclavo en grillos de oro*.

20 Diciembre.—Se representaron en la Corte las comedias *El sitio de Viena* (1.^a Parte) y *El sitio de Viena y conquista de Estrigona* (2.^a Parte), escritas por D. Pedro de Arce, Caballero de Santiago y Regidor de Madrid.

26 Diciembre.—Empezó en Valencia la compañía de Antonia Manuela, figurando en ella Enrique Ladrón de Guevara, Vicente Meija (2.^o galán) Bernardo Heredia (3.^{er} galán), Antonio Arroyo (Guardarropa), Antonia Serrano *la Turca* (3.^a Dama) y Francisca Monroy, *la Guacamaya* (Sobresaliente). Era primera dama la autora.

1683

Se publicó en Barcelona por Juan Jolis, la comedia: *Tu vida en el fruto, Adán*, (1.^a y 2.^a parte), original de fray Carlos Vives, catalán, Ermitaño profeso de San Pablo y preceptor de letras humanas en la villa de Miravet de Ebro.

Se concedió la licencia a la comedia, que poseía el Duque de Osuna, *El mejor maestro amar*, original de D. Manuel González de Torre.

El autor malagueño D. Luis Enríquez de Fonseca, Catedrático de Medicina en la Universidad de Nápoles, publicó en aquella ciudad su libro *Ocios de los Estudios*, que contenía fragmentos de la comedia *Viriato*, la Loa *El cuerpo de guardia*, otro de la comedia *Todo es dudar* y los bailes *El amor y la fortuna* y *Perogrulladas*. Dedicó el libro al Virrey D. Fernando Joaquín Fajardo Requesen.

Nació en Santarén el poeta Fray Antonio de San Cayetano, de la Orden de Canónigos de San Agustín y después franciscano. Escribió la comedia *El rosicler de la Aurora y admiración de los montes*, que se representó en 1719.

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR
Académico C. de la Real de la Historia

NUESTROS MAYORES

José Iglesias de la Casa

Nació en Salamanca, 1748

EL RAMO DE LA MAÑANA DE SAN JUAN

La mañana de San Juan,
cuando a los alegres campos
a coger verbena y flores
salen los enamorados;
entonces, cuando el lucero
del alba sale bailando,
delante la deseada
aurora mayor del año,
toma a bien que en tu ventana
te ponga, zagala, el ramo;

ramo que en el Val de Otea
mis niñeces cultivaron.

Tómalo a bien, mi señora;
recíbelo de buen grado;
la vista pon en sus hojas
y a la sombra de él sentaos;
primicia de mis amores,
de tu gran belleza lauro,
regocijo de tu calle,
de tu mirador ornato.

Si te parece va pobre
de flores y hermosos lazos,
arrímale a tu hermosura
y será el más adornado.

Tome él, como yo lo hiciera,
los claveles de tus labios,
la azucena de tu frente,
los jazmines de tus manos.

Entre sus hojas reciba
el rocío nacarado
de tu aliento, y la fragancia
de tu pecho soberano;
que yo, zagala, te juro
que él será rey de los ramos
a quien salva harán rendidos
ruiseñores soberanos.

Los que por mi mal te adoran,
con placer le irán mirando,
y las que no te compitan
lo verán con sobresalto.

Y yo, zagala, a su dicha
esta letra iré cantando,
que por sí no la escuchabas
te la puse al pie del ramo:

«¡Qué florido estáis!
¡Qué dicha tenéis,
ramito de flores
de mi dulce bien!

Decid a la rosa
de tan feliz ramo,
es sólo la hermosa
ventura que yo amo.

Y el dulce reclamo
del niño Amor es.
*Ramito de flores
de mi dulce bien.»*

Registro bibliográfico

Ha aparecido el tomo VIII de la *Bibliografía Cubana del siglo XIX*, que viene publicando el ilustre bibliógrafo matancero D. Carlos M. Trelles.

En los ocho tomos de que consta esta admirable *Bibliografía*, ha descrito el Sr. Trelles 22.700 obras de todo género, a las cuales hay que agregar otras 3.000 que incluye en un apéndice, bajo el título de *Ensayo de Biblioteca Cubana del siglo XIX*.

Con razón dice el Sr. Trelles que en los tomos de bibliografía que lleva publicados, los literatos encontrarán «algo así como el inventario de la producción literaria de Cuba en tres siglos; por lo cual será una tarea relativamente fácil escribir ahora un Manual o una Historia completa de la Literatura Cubana, que tanta falta nos hace.»

* * *

Impresa por el Ateneo de Valladolid, se ha publicado la magistral conferencia que doña Blanca de los Ríos dió en el Teatro de Lope de Vega, de esta ciudad, el día 12 de Mayo del corriente año, y cuyo tema fué *La obra y la misión de Menéndez y Pelayo*.

Conocedora como pocos de la obra ingente realizada por aquel coloso de la literatura española, la insigne escritora logra el casi imposible propósito de dar idea de ella en los reducidos límites de una conferencia.

* * *

Hemos recibido los tomos II y III del *Anuario de la Academia Colombiana*, correspondientes a los años 1910-1912.

La intensa y meritoria labor llevada a cabo por la docta corporación de Bogotá, merece el elogio de cuantos profesen amor al idioma castellano. No en vano figuran en ella los hombres más ilustres de Colombia.

* * *

El supuesto retrato de Cervantes. Tal se titula un folleto interesantísimo en que D. Julio Puyol trata la cuestión del retrato que se dice pintado por Jáuregui, y que tanto ha dado que hablar.

El Sr. Puyol, cuya competencia en asuntos histórico-literarios es bien conocida, se inclina a poner en duda la autenticidad del retrato y aboga por que se haga una información detenida que de una vez permita fallar en el litigio sin temor a errores.

Poco después del anterior, el Sr. Puyol ha publicado otro escrito de *Réplica* al Sr. Sentenach, que en este asunto sostiene la opinión contraria.

El Sr. Puyol refuerza sus argumentos, y realmente se impone una demostración más palmaria de la autenticidad del retrato, si es que ha de creerse en ella.

* * *

La *Historia de la Literatura Española*, de D. Angel Salcedo, que en un solo tomo publicó hace algún tiempo la casa editorial Calleja, se ha ampliado en su segunda edición hasta el punto de formar cuatro volúmenes. El primero de ellos acaba de publicarse.

Comprende este primer tomo lo relativo a *la literatura española en la Edad Media*, y sobresale por su orden perfecto y transparente claridad. Advierte el

Sr. Salcedo en el prólogo que ha procurado ante todo hacer un trabajo de condensación y vulgarización, y en verdad que tales propósitos están plenamente conseguidos. Conocedor de las mejores y más modernas monografías sobre cada punto, el Sr. Salcedo ha extractado sus doctrinas con un acierto indiscutible. Sus juicios son exactos, concretos, meditados.

La obra a que nos referimos, en suma, ha de ser de gran utilidad para los estudiosos.

* * *

Un verso de Fray Luis de León—*Roto casi el navío*,—da título al libro que acaba de publicar el privilegiado poeta montañés Luis Barreda.

¿Necesitaremos decir que el libro es un primor? Barreda es uno de los más notables y característicos representantes de la poesía *montañesa*: de esa poesía vaga, sentimental, que se adentra en el espíritu y le llena de misteriosas nebulosidades. La sentida inspiración de Barreda adopta matices delicadísimos; y como se envuelve de vestiduras regias—porque Barreda domina la forma portentosamente,—no hay resultados que a los suyos puedan compararse.

Las letras regionales están de enhorabuena.

Notas y comentarios

Respondiendo a una necesidad que hace tiempo se dejaba sentir, dos cultos licenciados en Filosofía y Letras han establecido en Madrid un centro para solventar en las bibliotecas de la corte consultas literarias y de erudición, copiar manuscritos y libros raros, y, en una palabra, practicar cuantas gestiones de este género les confíen desde provincias los estudiosos que por las dificultades del viaje o por otro motivo no puedan personalmente realizar tales trabajos.

Dada la competencia de las personas que han tenido tan oportuna iniciativa, creemos que ésta ha de ser de gran utilidad.

La correspondencia puede dirigirse a D. Luis M. Potenciano, Fomento, 25, 5.º, Madrid.

Libros recibidos

DE LOS CUALES SE HABLARÁ EN NÚMEROS SUCESIVOS

Omar de Tel: *El Mensajero del Zar*.—Barcelona, Luis Gili, 1915.

P. Fernán-Coronas, O. M. I.: *Cantares floridos*.—Barcelona, Luis Gili, 1915.

Fr. Tomás Luque: *Páginas blancas*.—Barcelona, Luis Gili, 1915.

Federico Roldán: *Malta y Roma*.—Barcelona Luis Gili, 1915.

Para la encuadernación de los seis números publicados que completan el presente año, hemos hecho unas bonitas tapas de tela inglesa que vendemos al precio de 1'50 pesetas.

Tenemos a la venta colecciones completas y encuadernadas al precio de

5 pesetas

REVISTA CASTELLANA

AÑO 1915

ÍNDICE DE LOS TRABAJOS PUBLICADOS

Agapito Revilla (Juan)	
La Casa de las Aldabas.	26 y 65
Alonso Cortés (Narciso)	
Un centenario.	16
Verso y prosa.	76
Cuándo nació Núñez de Arce.	125
Este era un pastor.. . . .	170
Andrade Coello (Alejandro)	
La vuelta al clasicismo.	97
Mi patria.	141
Argüello (Alberto L.)	
La catedral gótica.—Árbol de incienso.. . . .	9
Barreda (Luis)	
Balada del amor naciente.—Los hermanos.	14
Bay (Aurelio)	
Llanuras de Castilla.	144
Berrueta (Mariano D.)	
Un grado solemne.	116
Cossío (Francisco de)	
Rima.—Soneto.	45
Divagación.—El viejo galgo.	74
Santillana del Mar.	179
Díaz-Caneja (Juan)	
Del dolor y de la tradición castellana.	5
Díaz de Escovar (Narciso)	
Ojos negros.—Amistades.	81
Anales del teatro español.	123, 146 y 181
Díaz-Jiménez y Molleda (Eloy)	
El castillo de Ponferrada.	10
García (Eloy)	
Ante nuestro retrato.	145
García Enterría (Eduardo)	
Pasión.	110

García Luengo (H.)	
Las cadenas..	46
El novio.	161
Garrachón Bengoa (A.)	
Quiero ser prisionero.	58
Amor nuevo..	151
Gómez Díez (Emilio)	
Diversos criterios de España con relación a la guerra..	33
Gómez Mollá (Francisco)	
Canción del cementerio humilde.	141
González (Aurelio)	
El patriotismo en el arte.	53
González-Blanco (Andrés)	
El nuevo catolicismo.	106
Sonetos.	180
González-Blanco (Manuel)	
Estancias.—A los toros.	136
Lomas Cantoral (Jerónimo)	
Sonetos.	30
Haranger (Luis)	
Enigma.	105
Iglesias (José)	
El ramo de la mañana de San Juan.	185
Maldonado (Luis)	
El catarro y la araña.	41
Manegat (Luis G.)	
Un pueblo..	133
Mendizábal (Francisco)	
Redimir al sordo-mudo.	22
Pérez (Jesús)	
Nocturno castellano.	115
Pérez Camarero (Arturo)	
Sacrificio..	24
Pérez Requeijo (Ramón)	
Las moratorias..	1
Rodríguez Pinilla (Cándido)	
España en Don Quijote.—El autor de la co- media del alma humana..	55
Sánchez Rojas (José)	
Hablando con mi reina.	90
En torno de la guerra..	99
La huerta de los frailes.	129

Santamaría (Francisco)	
La excitación y la depresión.	120
Santamarina (Luis G.)	
Gils, buscador de la felicidad.	152
Santander (Federico)	
Fernández y Compañía.	82
Segoviano (Emilio)	
Bajo la niebla.	132
Solano (Ramón de)	
Maravillas de amor.	167
Torre Ruíz (A.)	
Canto al ensueño.	40
El poema de las malas bestias.	168
Yaque (José A.)	
Punta Brava.	56
Reacciones del espíritu.	138
Ylera (Zacarías)	
Avidez.	22
Enigma.	105
<i>Registro bibliográfico.</i>	31, 58, 93 y 187
<i>Libros recibidos.</i>	63, 96, 128 y 188
<i>Notas y comentarios.</i>	32, 64, 96 y 188

